

Señores:

Hoy hace 427 años que las proas de las carabelas hispanas, aterraban en las costas de un mundo desconocido; hoy hace 427 años que el sueño audaz de Cristóforo Colombo abrió a la civilización europea un continente tan vasto como los conocidos, trazando a la humanidad nuevos derroteros y suscitándole nuevos problemas.

A ese magno hecho histórico deben su ser las sociedades que hoy alientan en este hemisferio desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, a ese, y a otro no menos grande y que ya ha merecido el honor de la epopeya: al de la conquista.

Somos más de ochenta millones de hombres los que reconocemos tener un origen común, y los que por ende, para afirmar este conocimiento, para proclamar nuestra hermandad, para ver desde una misma cumbre nuestro porvenir, hemos convenido unánimemente en erigir un culto y un altar simbólicos y en dedicarlos al hombre que por su estatura moral nos saca la ventaja de medio cuerpo: al osado Almirante.

Así el alma helena se expandía en las llanuras de Elis cada cuatro años, para celebrar los juegos olímpicos, y bajo el dombo azul de su cielo triunfaba Milón, era aplaudido Alcibíades y cantaba Píndaro. La Hélade completa.

No hace muchos años que se inició esta consagración, por la conciencia ibero-americana libertada de sus prejuicios; pero desde el principio se marcó perfectamente su tendencia; esta fiesta es un acto de conciliación con España, una voluntad de estar unidos con ella ante las vicisitudes de la historia; un acto de fe en el porvenir de la raza que resultó del choque de la impavidez india y del arrojo de los conquistadores.

Así, no cabe desviarla. Las voces que se alzaron antes para asegurar estos ideales son brújulas inequívocas. La obra de los hombres de hoy ha de fundarse necesariamente en la obra de los hombres de ayer, y, por eso, hay que repetir hoy, habrá que repetir mañana las miras de nuestros ascendientes.

Eso es inconcuso; pero lo es también que las circunstancias pueden dar lugar a ciertas modalidades en las ideas pasadas, y así sucede hoy con este ideal de fraternidad ibero-americana. Todo cuanto han dicho y pensado los fundadores y los representantes de las Repúblicas hispano americanas cabe aquí; el ideal de federación soñado por Egaña, Bolívar e Hidalgo; el ideal de raza propugnado por Sierra, Ugarte y García Calderón; la sociedad internacional americana de Alvarez, Calvo, Ferrara y Acosta.

Hay hoy, además causas que obligan a dar énfasis especial a esas ideas y a apropiárselas al peculiarísimo momento histórico. Lo veremos confrontándolas con el estado actual del mundo.

Y que no se me tilde porque en una celebración como ésta me encaro con los hechos políticos palpitantes. Muchos de nuestros males se derivan de cierta superioridad que ostentan nuestros hombres cultos, nuestras clases directoras, y que se resume en estas limitaciones: indiferencia altanera y cándida por los sucesos contemporáneos, e incapacidad perfecta para recibir ninguna idea, una vez que han salido de la escuela.

Abstraerse del presente, hacer, por una aberración de la in-

teligencia, algo inactual de lo más actual que existe, no puede ser una conducta sana de quien quiere vivir. Y nosotros queremos vivir; nuestra raza quiere vivir.

Mi íntima convicción es que para lograrlo tenemos que afirmar como nunca nuestra comunidad racial; tenemos que estrechar nuestros lazos intelectuales y sentimentales; tenemos, en una palabra, que definir el espíritu que nos anima, para magnificarlo, para prepararle los senderos, para construir, según él, los grandes lineamientos del edificio de nuestras instituciones, incipientes en tantos órdenes y vacilantes por falta de unidad.

Esta obra, pues, se impone por los motivos tradicionales; para lograr el completo desarrollo de nuestra entidad propia, y por la urgencia que sobre nosotros ejercen los acontecimientos. Ante ellos es más necesaria la unión sagrada; porque en medio de los intereses poderosos y encontrados que tratan de organizarse, sólo así significaremos algún valor, y porque creo que en la obra de reconstrucción, España y sus hijos americanos pueden aportar un ápice, aunque sea, de un nuevo ideal de vida.

La terrible catástrofe que envuelve a las generaciones contemporáneas, la ingente guerra que ha asolado al mundo, y que parece que aún no cierra sus fauces insaciables, ha hecho penetrar la duda en todos los espíritus y dudamos de todo, de la ciencia y de la verdad, de la justicia y del amor, de ese equilibrio de pensamientos a que habíamos llegado y que se llama Civilización.

Parece que los ideales que entrañaba no bastaron a detener su fracaso. El mundo nuevo espera con ansia que se le base en fundamentos más sólidos, más humanos. Veremos cómo, a la hora de la reconstrucción, puede contribuir nuestra raza.

¿Pero somos siquiera una raza? Consultad a Le Bon, a toda la ciencia racionalista y os demostrarán que somos hormiguero en el que pululan los elementos étnicos más disímiles: junto a los representantes europeos: el español, el portugués, el italiano, el alemán, está el criollo, el mestizo, el zambo, el negro, el indio de diferentes castas: azteca, inca, araucano, guaraní, quéchua, charrúa, ¡y quién sabe cuantos más! Esta Babilonia de razas explica la inferioridad de nuestras sociedades: su baja moralidad, su incapacidad de gobernarse, sus endémicas revoluciones. Ella constituye uno de los problemas que tenemos, ¿qué digo uno? el único problema al que sólo puede dar solución el tiempo, fundiendo en su incansable y poderoso crisol todos esos componentes.

Ciertas esas aseveraciones desde el punto de vista antropológico; mas los sociólogos se han percatado de que la raza está constituida principalmente por las ideas y no por los tipos orgánicos.

No cabe duda, desde este punto de vista, que somos una raza bien definida. Todo el caudal de nuestras instituciones y de nuestra cultura nos lo abona. Es uno, idéntico.

Sobre la capa autóctona de indios, vino a extenderse el elemento europeo, el español, con una sola excepción. La noble sangre española vino profusamente al nuevo mundo, con el sonoro tropel de los conquistadores casqueados de acero y de arrojo, que rompieron las vértebras de la cordillera que tiene por cimas al Popocatepetl y al Chimborazo.

La vida colonial se desarrolló paralelamente desde la Nueva España hasta la Tierra del Fuego, regida por las mismas instituciones. El español nos dominó por tres siglos, hasta la aurora de nuestras simultáneas independencias, determinadas por idénticos hechos históricos, y nos dejó su sangre, su lengua,

sus costumbres, su derecho, su religión, y lo que es más, su carácter, modificado, eso sí, por los climas tropicales.

Podríamos parafrasear un concepto conocido diciendo: ¿quién que es, —en América, —no es español? ¿Quién no se ha sentido alguna vez con el ímpetu de los tercios en San Quintín? ¿Quién no comprende la alegría de vivir del pícaro? ¿Quién no ha amado, a la castellana, como en un drama de Lope? ¿Quién no sueña alguna vez con cabalgar, —(¡oh desencanto!)— en Rocinante, o con vivir perennemente en el huerto escondido de Fray Luis de León?

A raíz de conquistada su libertad, las nuevas naciones lanzaron un anatema contra todo lo español, y como las dos hijas mayores del rey Lear, negaron su filiación. Pero después, calmados los enconos, han hecho un acto de contrición y hoy confiesan su origen con orgullo.

Mucho tenemos que esperar de este reconocimiento. Tal vez varios de nuestros problemas pueden resolverse volviendo a las maneras de la Metrópoli, y baste señalar, por vía de ejemplo, la situación del indio con respecto a la propiedad de la tierra.

Hoy, pues, todos sentimos nuestra descendencia común, y así se ha formado, así se afirmará la conciencia de pertenecer a una misma raza. Los sociólogos dicen que lo más serio que existe en una raza es la conciencia, errónea o no, de pertenecer a ella; porque cuando suena la hora del peligro es bueno que los pueblos se sientan remachados a sí mismos por las tumbas y por las cunas; este sentimiento es un gran suscitador de poder.

Poseyendo nosotros esa conciencia, lo demás es cosa del tiempo. Cuantas deficiencias notemos en nuestras sociedades, deberán ser suplidas siguiendo el genio de nuestra raza. Debemos inculcar a nuestros hijos el sentimiento de la fraternidad hispano-americana, y para ello fomentar en la enseñanza cuanto lo desarrolle convenientemente.

Porque, es claro, que de la educación dependen el desarrollo completo del alma nacional primero, y del alma de la raza después. La misma masa indígena que permanece aún sumergida en un letargo, del cual no hemos sabido despertarla, debe abrir los ojos para moverse dentro de los ideales latinos, dentro de los ideales hispanos, que son, sin ninguna duda, aquellos más asimilables por su espíritu sencillo y por la especial forma de su emotividad.

Así, la raza será: la raza tomará vida del "fiat" de nuestras voluntades unánimes, y, de la cohesión, derivaremos fuerzas para mover el mundo.

Antes de que tuviéramos la conciencia de que una misma sangre corre por nuestras venas, de que nuestras tradiciones son iguales, de que uno mismo es el porvenir que nos aguarda, éramos solamente una multitud de hombres, y el número no es una fuerza; sólo lo es cuando dentro de él hay un concierto, una acción simultánea hacia un fin. Sintiéndonos unidos podemos decir como el Almirante genovés: "il mondo e poco" y lanzarnos a la conquista de él.

Y si estos antecedentes y estas consideraciones por sí solos nos urgen ya a la acción solidaria, el estado actual del mundo, como dije antes, es una prensa que pesando sobre nuestras moléculas nos obliga a la cohesión.

Al término de la gran guerra europea, los estadistas comprendieron que el mundo internacional no podía ser fundado nuevamente, sobre las bases anteriores. El equilibrio estaba roto; la teoría del equilibrio desprestigiada, por ende. Ya no es posible la agrupación de las potencias en dos bandos distintos

y equipolentes que se vigilen con celosa suspicacia; ya no es posible el perpetuo crecer de los armamentos con el objeto de mantener el estado de defensa. La acumulación misma de las fuerzas, tenía que llevar inevitablemente al mundo a la conflagración que acaba de sufrir y cuyos resultados definitivos aún no acaba de presenciar.

Probada la insuficiencia del sistema de equilibrio para mantener la paz del mundo, había que inventar un nuevo sistema, y ese sistema no salió original, pero sí armado de punta en blanco, de la cabeza del Presidente Wilson, en la forma de la Sociedad de las Naciones. Dentro del sistema de equilibrio cualquiera cuestión internacional era llevada al conocimiento de alguno de los bandos formados, con el objeto de que la hiciera suya y la defendiera; ahora, se establece de una manera definitiva el principio de autoridad, el principio de gobierno, montando una máquina que hará preponderar, en toda ocasión, la voluntad omnímoda de las Grandes Potencias agrupadas.

La idea es grande, pero aun las mismas naciones que han firmado el pacto y que forman la sociedad flamante, la critican ya a porfía señalando sus peligros y sus deficiencias, y prediciendo que su término es muy corto.

La victoria, habrá engañado al mundo una vez más. Todo lo tenemos ahora; el duelo, la servidumbre, la sumisión de pueblos embrutecidos y sangrantes, una podredumbre moral e intelectual, una baja demagogia, un rebajamiento de la categoría humana, una blasfemia sin ejemplo que surge de la múltiple garganta de los pueblos. ¿Pero tenemos, en cambio, la paz?

Dicen que la tenemos. Sobre sus bases comienza, desde hoy, el segundo acto de la convulsión; es de temerse que dentro de cuarenta años, o antes, aplastará a veinte millones de hombres.

Ese es un sentimiento que se extiende por todos los ámbitos de la tierra, y, para nosotros los hispano-americanos, la terrible predicción entraña el mayor peligro. Enfrente a esa poderosa liga, tal vez herida desde su nacimiento, formemos una liga que represente todos nuestros intereses. La Liga actual de las naciones es una liga de pueblos productores que buscan mercados; nosotros somos una gran parte de esos mercados, somos los países que compran; ¡liguémonos también para saber a quién compramos, cómo compramos y cuándo debemos comprar!

Liga ideal, se dirá, Liga a la que le falta la formidable máquina guerrera que puede poner en movimiento la otra. Sí, Liga de inermes, Liga de débiles. Pero que se tenga en cuenta que un pueblo nunca muere, como lo demuestra el pueblo español resistiendo a la invasión napoleónica, y si un pueblo no muere, mucho menos morirá una raza.

La confederación de naciones de habla española, es una necesidad presentida por los fundadores de estas repúblicas: fué el sueño de Bolívar; es el continuo tema de todos los internacionalistas y políticos de América. Pero no debemos formar una liga exclusivamente americana, trazando aquel paralelo ideal que Jefferson y otros estadistas norteamericanos quisieron trazar, para dividir los intereses del Nuevo Mundo y los del Antiguo. Los verdaderos representantes de los intereses ibero-americanos han comprendido que para nosotros es vital la unión con Europa, por España, nuestra madre, para defendernos de imperialismos, absorbentes, audaces.....

Señores: parece que la idea de Justicia, en el mundo internacional, va siguiendo los mismos pasos que siguiera en el seno de las sociedades. En la forma primitiva de éstas el individuo debía protegerse por sí mismo contra las agresiones, y la vin-

dicta privada era el único medio que tenía para hacerlo. Después vino la vindicta ejercida por el clan, por la congregación de individuos que se sienten afines por la sangre, por la familia. Por último, vino la concepción del Estado y llegó la Justicia a la forma actual, en la que éste es el único que puede impartirla.

Paralelamente, la guerra ha sido la única manera de defensa que han tenido las naciones aisladas contra las agresiones de las otras; pero parece que ahora, para hacer más temibles al agresor los resultados de su agresión, las naciones quieren agruparse conforme a sus intereses y conforme a las afinidades espirituales y materiales que tienen. Los años traerán el más alto desarrollo de las ideas de justicia que implica la existencia de un poder superior y distinto que la imparta.

En este estado las cosas, necesario es, una vez más, que los latino-americanos penetrados de nuestros intereses comunes, nos unamos para lograr que se nos haga justicia cuando la demandemos.

Dije también que la raza ibero-americana tiene que contribuir con un ápice de ideal en la reconstrucción moral del mundo. Porque el mundo tiene que ser reconstruido sobre la idea de moral.

El intelectualismo ha fracasado. El hombre se mutila queriendo explicarse toda la vida por la razón, y en cambio, no llega a conseguir la verdadera paz, la verdadera felicidad. La razón no es capaz de comprender todas las formas de la vida y de penetrar en la esencia de ésta. La ciencia no consuela; las verdades lógicas son secas e inexpressivas. La actividad humana no encuentra aliciente en los categóricos del materialismo. Eucken señala estas deficiencias, y quiere que la realidad tenga una relación con todo el conjunto de la vida del espíritu. La vida humana debe basarse en ese residuo último que se llama necesidad de conservación espiritual. Es necesario que lo decisivo no sea la Idea sino la Energía: no las consideraciones intelectuales, sino las expansiones creadoras de la vida.

La reconstrucción de la sociedad, vuelvo a repetirlo, tiene que ser moral, exclusivamente moral.

Ahora bien, la cultura Española ha sido la menos inficionada de intelectualismos y una prueba basta para demostrarlo; el industrialismo no ha alcanzado en ella el desarrollo que ha alcanzado en las otras naciones.

Y he aquí que este pretendido atraso de España ha de serle una prenda de salud en este juicio universal de los valores vitales. ¿En dónde ha florecido con más energía esa flor del alma que se llama misticismo y que, poniendo en contacto la parte más íntima del hombre con un principio universal y vivificador le dá seguridad y lo alienta para todas las grandes empresas? ¿Qué hombres de qué raza han sentido más vivamente esas iluminaciones interiores, que revelan en un lampo, la verdad que conduce al fin sin posibilidad de descarrío? ¿En dónde encontraremos almas más suaves y más enérgicas a la vez, más en contacto con el sumo bien y más capaces de realizarlo prácticamente en la tierra?

En la mente de todo vibran los nombres de Juan de la Cruz, de Luis de Granada, de Teresa de Jesús y de Iñigo López de Recalde.

Pero ese resorte interno que alcanza su máximo de tensión en estas almas privilegiadas, no deja de mover también las almas más terrenas, pero no menos admirables, de otros hijos de España. Y en realidad, toda la obra de esta gran nación está inflamada por esa lumbre interior, por esa intuición de la verdad, que dejando ya quieta el ánima, le permite aplicarla a

fines inmediatos con entera eficiencia.

Inflamados por la fe, los diversos reinos iberos pelearon ocho siglos contra la morisma; apenas terminada la grande obra de la reconquista, la energía española se sintió estrecha dentro de su península y se lanzó al mar para sacar de su seno un nuevo mundo; el espíritu guerrero, el espíritu emprendedor, el espíritu de aventura hicieron la conquista de ese nuevo mundo para imponerle una verdad revelada.

Todas las virtudes españolas provienen de esa disposición mística que hay en sus vástagos. De ahí proviene su individualismo irreducible, su amor celoso de la independencia, su exquisito sentimiento del honor; de ahí provienen su lealtad al rey, su menosprecio de la ley, su imaginación y su impulsivismo.

Todas estas características juntas han hecho que España no se lance ciegamente por la vía del industrialismo y del intelectualismo. En España se tiene un ideal de vida pacífica y equilibrada que puede decirse no se encuentra hoy día en ninguna otra nación. El español no ha sido corrompido por el ideal de la riqueza ni por la riqueza y, así, no ha subordinado al buey de oro todos los otros fines de la vida.

El capitalismo no ha sentado aún sus reales en aquella península, como lo prueba su apartamiento del combate cuyos últimos rugidos escuchamos aún. En España hay todavía tiempo para amar y para odiar, para gozar y para sufrir. En España existen las llanas tierras de Castilla, secas y sin embargo fecundas; aridez hecha de sensibilidad contraída. Existen también los verjeles andaluces, paraísos de sensualidad, acre como los perfumes de la selva virgen.

En ese país doble: todo molice y todo energía, —dice Barrés— la lucha es eterna entre los castellanos y los moros. ¡Largo y poderoso esfuerzo de una mitad del alma española contra la otra mitad! ¡Tensión que se externa en conflictos!

Voluntarioso y místico, el español es fundamentalmente activo. Su forma de arte nacional es el drama; toda su vida es dramática: la aventura, el movimiento, el choque de las pasiones.

Pero ante todo y sobre todo el español es capaz de creer y de dirigir su existencia, su existencia completa por el impulso de una fe.

¡La riqueza, el poder! ¡Viejos espejismos que se borran apenas los toca quien los persigue! ¿Cuándo han dado la verdadera felicidad? El hombre que la busca ahincadamente debe volverles las espaldas. No fuera de nosotros está la paz. La crea seguramente en su interior el que posee la taumaturga vara de virtud de una fe.

Y para tener este don no se necesita ser cristiano ni devoto; se requiere tan sólo un estado psicológico especial, una eferescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación profunda y constante de la verdad.

Sólo la fe puede salvar al mundo que sufre un infortunio que parece eterno; la actividad interior, ese instinto de conservación espiritual de que hablé antes, es la clave de todo el edificio humano.

Como en las postrimerías de la edad antigua, tenemos que presenciar innumerables derrumbamientos; pero también podemos asistir al despuntar de nuevas auroras. ¿Quién sabe qué ideal ilumina ya los confines del universo?

Señores: sí he de decir francamente mis sentimientos, no creo que las naciones industrializadas inventen la medicina para el mal del siglo. Me lo presagia su ignorancia voluntaria

del movimiento formidable que se propaga en las masas, desde ese caótico y misterioso mundo eslavo.

Las naciones en donde la máquina no es todavía un Moloch devorador, están en mejor situación para estudiar el problema y para resolverlo. Es urgente que lo hagan.

La fe y la voluntad de un hombre, junto con su talento de organizador, detuvieron la marcha del protestantismo en España. ¿No podrá salir del fecundo seno de la raza un Salvador?

Ochenta millones de hombres ardiendo en una sola fe, sintiéndose unidos por la sangre y por la historia, imitando la energía creadora de la metrópoli que les dio el ser, pueden formar una voluntad incomparable; y dice el poeta: "Si una voluntad se levanta, armada de un gran designio, sólo en ella está el centro del Orbe."

Que nuestros esfuerzos sean concordes en esta gran obra presente: es nuestro interés y nuestra defensa. Desde el Bravo hasta el Cabo de Hornos deben latir todos los corazones con un acendrado amor a España; así nos recordaremos siempre hermanos y cuando el peligro común se cierna sobre nosotros, encarándonos con él, le diremos como el gran vidente flamenco:

Yo soy el hijo de esa raza
Cuyos cerebros, más que los dientes,
Son sólidos y son ardientes,
Y son voraces...

G. Fernández Mac. Gregor.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Composición leída por su autor, Enrique Fernández Granados, en la velada con que la Universidad Nacional, celebró el día 24 de octubre de 1919 el aniversario del descubrimiento de América.

CANTO PRIMERO EL SUEÑO DE LA REINA

Esto dijo a su Corte
de príncipes, prelados y guerreros
Isabel, de Castilla reina augusta,
a tiempo que la adusta
tribu de Agar al Africa volvía
vencida y desolada,
y cuando ya sus brazos extendía
la Cruz sobre las torres de Granada:

"Ayer, mientras oraba
al pie de Jesucristo,
sentí que desmayaba
y que un aire ligero me llevaba,
por cima de los mares,
a un mundo nunca visto.

A un mundo en cuya orilla,
dorada por los rayos de la aurora,
había ¡oh maravilla!
bordado el suelo Flora
con rosas que no eran de Castilla:
¡Qué bellas esas rosas!
¡más que las de Castilla eran hermosas!

Sus divinos olores
infundían en mi alma un dulce anhelo;
y me fui caminando entre las flores
sin dejar en el suelo
de mi paso las huellas...
Alcé la vista al cielo
y vi que me seguían las estrellas.

Llegóse hasta mi oído
un cántico de aves nunca oído;

de aves que del alba a los fulgores
lucían sus espléndidos plumajes,
con las luces de todos los celajes
y del iris con todos los colores.

La acordada armonía
absorbió mis sentidos, de tal modo,
que no advertí que había
dejado el sol su oriente
y que su luz lo iluminaba todo.

De frente al sol, distante,
un monte culminaba de zafiro,
un monte cuya cumbre era un diamante,
tan vivo, claro y puro,
que al ver de nuevo el sol lo miré obscuro.

En suave, raudo giro
sentíme transportada
del monte aquel a la eminente altura;
y miraba asombrada,
doquiera que volvía la mirada,
extensos valles, amplios horizontes,
cordilleras y lagos y vertientes
y anchos, profundos ríos,
y bosques milenarios y sombríos.
Y al pie de aquella cumbre
de idólatras inmensa muchedumbre.

Un hombre hacia mí vino;
y al mirarlo de pie, de mí delante,
sentí mi corazón saltar sin tino;
mas suspensa quedé de su semblante
cuando su acento, que mi oído guarda